



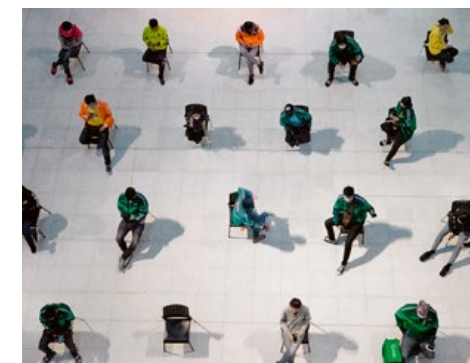
## Vivir a distancia Living Apart

Vivir a distancia es vivir menos. El alejamiento que impide la propagación del virus va a transformar nuestros hábitos, y el futuro inmediato se perfila como un paisaje de partículas elementales que se desplazan evitando el roce para situarse en los vértices de una malla regular que marca la distancia de seguridad. En esa distopía vamos a residir hasta que las pruebas diagnósticas, los antivirales y las vacunas vuelvan a hacer seguros los contactos, quizá dentro de dos años. Es un tiempo muy largo para nuestra experiencia individual o colectiva, pero muy corto para la vida testaruda de las ciudades, y es probable que la Covid-19 no modifique las pautas urbanas como antes si lo hicieron la peste, el cólera o la tuberculosis. Si acertamos a resolver sus problemas sanitarios, de congestión y de seguridad, la ciudad densa —además de crisol de innovación y motor económico— es nuestro mejor recurso para enfrentarnos a la emergencia climática, así que es dudoso el retorno a la insostenible ciudad dispersa.

La experiencia del confinamiento hará reclamar mejores estándares de soleamiento y relación con el exterior en futuras viviendas, la extensión del teletrabajo y el teleaprendizaje cambiarán prácticas laborales y escolares, y el rigor de las rutinas higiénicas debilitarán la sociabilidad espontánea de tantas culturas del contacto. La morfología arquitectónica, sin embargo, mostrará la inercia que le es propia, determinada como está por los recursos técnicos y las constricciones del entorno. Aunque mamparas y marcas de distancia colonicen hoy los espacios antes francos, y aunque reconozcamos los rasgos positivos de las ocasionalmente despreciadas plantas celulares, el virus no acabará con las oficinas paisaje o con las grandes salas. Las normas que regulan el aforo de los locales serán seguramente más exigentes, y aquellas que certifican la calidad de los materiales de construcción pondrán más énfasis en la facilidad de su limpieza y su comportamiento ante los gérmenes, pero su influencia en la forma de los edificios no será grande.

Cuando salgamos de esta pesadilla vírica, la reconstrucción económica tendrá previsiblemente un componente preventivo frente a futuros brotes epidémicos, con más inversión en infraestructura sanitaria, investigación biomédica y autoabastecimiento de medicinas y equipos; pero también deberá enfrentarse a la reducción de los desplazamientos de mercancías y personas, que afectará a las cadenas de suministro lo mismo que al turismo, y que ayudará a templar la actual hiperglobalización. Es inevitable desear que este proceso de reforma de las estructuras productivas sea a la vez digital y verde, usando las redes y la inteligencia artificial al tiempo que se lleva a cabo la transición energética, lo que también dará nuevos usos a territorios poco poblados. Si la humanidad sabe convertir esta crisis en una oportunidad, se moverán menos las gentes y las cosas, el consumo de proximidad se preferirá al lejano, y el tiempo pausado al vertiginoso: viviremos más juntos, que es una de las formas que adopta la felicidad.

Luis Fernández-Galiano



*Living apart is living less. The isolation that prevents the spreading of the virus will transform our habits, and the immediate future appears like a landscape of elementary particles that drift avoiding contact to settle at the vertices of a regular mesh that marks the security distance. We will live in this dystopia until diagnostic tests, antiviral medications, and vaccines make contact safe again, perhaps within two years. It is a long time for our individual or collective experience, but very short in the tenacious life of cities, and it is unlikely that the Covid-19 will modify urban structures as the plague, cholera, or tuberculosis did in the past. If we succeed at solving its health, congestion, and safety issues, the dense city —aside from center of innovation and engine of economic growth— is our best asset to tackle the climate emergency, so a return to the unsustainable sprawling city is doubtful.*

*The experience of confinement will demand better daylight standards and connection with the exterior in housing, the extension of remote working and distant learning will change professional and educational practices, and the rigor of hygiene routines will weaken the spontaneous sociability of our familiar cultures of contact. Architectural morphology, however, will show its inherent inertia, determined as it is by technical resources and the constraints of context. Though screens might fill today spaces that were free before, and though we may acknowledge the benefits of the often spurned cellular floor plans, the virus will not put an end to open offices or large venues. The regulations on occupant capacity will surely be more demanding, and those certifying the quality of construction materials will focus more on cleaning ease and how they can help fight off germs.*

*When we wake up from this nightmare, economic reconstruction will have a preventive component against future epidemic outbreaks, with investments in health infrastructure, biomedical research, and self-supply of medicines and equipments; but it will also have to face a reduction in the movement of goods and people, which will affect distribution chains and tourism, and will also help reduce hyperglobalization. We cannot help hoping that this reform of the productive structure will be digital and green, using networks and AI while advancing on the energy transition, which will also give sparsely populated territories new uses. If humanity manages to turn this crisis into an opportunity, persons and things will move less, local consumption will be preferred over distant one, and a slower pace of life over a rushed one: we will live closer together, which is one of the forms happiness takes.*